

GERMÁN MOLDES



ROMA

UN DÍA HACE

2000

AÑOS

UN PASEO POR LOS BARRIOS, LAS MODAS,
EL SEXO, LA COMIDA, LA VIDA Y LA MUERTE.
EL IMPERIO EN TODA SU GLORIA. Y SU MISERIA.



CRÍTICA

GERMÁN MOLDES

ROMA, UN DÍA HACE 2000 AÑOS

Un paseo por los barrios, las modas,
el sexo, la comida, la vida y la muerte.
El Imperio en toda su gloria. Y su miseria

CRÍTICA

LA ESTÉTICA, EL OCIO, LA VESTIMENTA Y EL PEINADO

Lo primero que debemos alistar para el paseo es nuestro natural y humano sentido de la coquetería —aunque muchos creamos que no lo tenemos— y potenciar la autoestima. Muy importante todo aquello que tenga que ver con la propia estética, que era entonces un bien tanto o más valorado que la salud. Romanos y romanas tenían en gran consideración el aspecto exterior: las mujeres se obsesionaban por tener la piel blanquísima, la empalidecían con comino y la suavizaban con semillas de lino, creían que bebiendo en ayunas un brebaje a base de raíces de cardo combatirían el olor de la sudoración de las axilas, mientras que para destacar la blancura de los dientes y mejorar el aliento hacían buches y gárgaras de un linimento que contenía sal, miel y cebada junto a un montón de otras fórmulas de efectividad hoy dudosa, pero que nos están diciendo que una presencia física agradable no les era en modo alguno indiferente.

Los hombres, por su parte, padecían otra obsesión: la calvicie. Consideraban la melena como el más bello de los

ornamentos y por eso ser pelado o tener poco cabello constituía una verdadera desgracia. Para frenar el avance de la calvicie o recuperar el cabello se untaban el cuero cabelludo con un repugnante emplasto que incluía vino, azafrán, pimienta, vinagre y excremento de ratón. Ese campeón de la presunción y la inmodestia que fue César lo solucionó recurriendo a habilidosos postizos que sostenía con una corona de hiedra o de laurel ganada con las gloriosas victorias. Calígula, otro calvo precoz, prohibió que nadie se asomase a las ventanas cuando él pasaba por debajo porque desde las alturas su cráneo, devastado por la alopecia, disminuía su imperial majestuosidad.

En materia de ocio y entretenimiento ya veremos más adelante que las carreras eran, lejos, el espectáculo preferido y también objeto de vivaces discusiones que frecuentemente degeneraban en tumultos y alborotos. Los *aurigas* —utilizaremos este término en lugar de «cocheros» o «jockeys» porque es más preciso— tenían *barras* de fans que les tributaban toda clase de honores cuando ganaban y los cubrían de insultos cuando perdían. En Roma eran popularísimos y muchos ciudadanos tenían en su casa su retrato en mosaicos; algunos de ellos inclusive llegaron a ser inmortalizados en monumentos, mientras que otros acumularon inmensas riquezas y vivieron como príncipes.

Si el de las carreras del Circo era el entretenimiento más popular, el teatro era el más refinado. Los pobres no lo frecuentaban tanto como los ricos, pero ciertos espectáculos reunían público de todas las clases sociales, suscitando entusiasmos. En materia edilicia los romanos no inventaron prácticamente nada en el ámbito del teatro porque en general

los teatros romanos reproducían los modelos helenísticos: el escenario, la orquesta, los asientos degradantes y en forma de medialuna. Las ligeras variantes podrían resumirse en que la orquesta —del griego *orchestrai*, «bailar»— no miraba hacia el coro sino hacia el público y el telón, ausente en Grecia, no caía desde lo alto sino que se izaba de abajo arriba y solo al final del último acto. Al igual que en los anfiteatros, donde se enfrentaban los gladiadores, amplios toldos reparaban a los espectadores de los rayos del sol, pues los teatros eran descubiertos y las funciones, diurnas.

Pero esas funciones duraban muchas horas y por eso los espectadores se llevaban de comer o compraban comidas y bebidas en los despachos anexos al teatro o a los vendedores ambulantes que circulaban por las graderías. Su comportamiento durante la representación era tremendamente incorrecto: si se escuchaba un «gallo» de algún cantor del coro, si había un tartamudeo, una vacilación o un error en el recitado de un actor o se producía un tropiezo o un paso en falso de un mimo estallaban las burlas, los gritos y los silbidos que transformaban la platea en un infierno.

Pero las grandes estrellas disfrutaban de otro estatus: los actores conocidos se comportaban como verdaderos *sex symbols* y arrastraban al teatro legiones de admiradoras que certificaban su éxito con el bello sexo. La lengua siempre un poco ponzoñosa de Juvenal nos comenta que «mientras el afeminado Batillo está en escena bailando la “Leda”, Tuccia se orina encima de la emoción y Apulla gime como debe hacerlo durante el sexo... cuando el teatro cierra y en el foro va quedando poca gente, otras señoras recogen con gesto melancólico

la máscara, el bastón de sátiro y hasta las prendas interiores (*subligacula*) de Accio... ».* Con este material podría hacerse hoy en día un magnífico programa de chimentos en las tardes de nuestra TV.

El teatro ofrecía a las damas de la alta sociedad la ocasión de lucir lo mejor de su guardarropa, cuya pieza principal era la *stola*, vestido largo hasta el suelo ajustado al talle con un cinturón. Sobre él vestían una amplia capa que en invierno sustituían por un abrigo de piel. Debajo llevaban una camisa y aún debajo de esta un corpiño (*strophium*). Este corpiño era en realidad una faja con la que la romana se apretaba al máximo los pechos para que se le notaran lo menos posible, porque unos senos generosos no estaban bien vistos desde el punto de vista de la elegancia. Los zapatos eran de cuero o de paño, sumamente trabajados y con tacos más o menos altos según la estatura de la dama en cuestión; eso sí, tenían que ser apretadísimos hasta el martirio porque se esperaba de la mujer que tuviera los pies pequeños.

Y aun cuando ese vestido debía ser largo hasta los pies no convenía que se extendiera demasiado porque siempre había algún gavlán dispuesto a demostrar su galantería con intenciones dudosas, tal como lo recomienda Ovidio en *Arte de amar*: «... cuando la falda de ella cuelga demasiado y se arrastra por el suelo tú tómalala y levántala con cuidado del fango de la calle. ¡Qué recompensa a tus ojos se presentará al instante sin que la joven pueda evitarlo!: el espectáculo de sus piernas».**

* Juvenal, *Sátiras*, VI-63.

** Ovidio, *Arte de amar*, I-153.

Los peinados eran monumentales, complementados con postizos y embellecidos con cintas doradas, hebillas y agujones. De las orejas pendían aros y pendientes de elaborada factura y del cuello collares, cadenas, medallones y camafeos costosísimos. Lollia Paolina, mujer de Calígula, lucía joyas de cuarenta millones de sestercios y como pauta de comparación digamos que una entrada a las termas costaba un *quadrans*, es decir un cuarto de sestercio.

La joyería tiene una gran importancia en el mundo romano. Los llamados *ornamenta* o productos de embellecimiento personal —peines, agujas de pelo, pendientes, anillos, collares, recipientes para el perfume en hueso, marfil, bronce, cerámica— son utilizados por todas las clases sociales romanas. El peinado y las joyas para el pelo eran exponentes de la posición social, especialmente en la mujer; cuanto más complicados o llamativos, indicaban un mayor nivel social.

En la antigua Roma encontramos ya el anillo como elemento de unión de la pareja, precursor de la actual sortija de compromiso. Fue, en un principio, un sencillo aro de hierro y en la antigua tradición romana se entregaba como símbolo del ciclo de la vida y de la eternidad. Constituía una promesa pública de que el contrato matrimonial entre un hombre y una mujer sería respetado en el transcurso del tiempo. En la época de Plinio el anillo se fabricaba de hierro; el de oro fue introducido más tarde, en el siglo II d.C., y los cristianos adoptaron la costumbre romana convirtiendo al anillo en una parte de la ceremonia matrimonial.

A las diversas cajitas de uso cosmético y frascos destinados a aceites y perfumes sumaba la mujer en su ajuar personal

los estuches en los que guardaba sus joyas y por supuesto los espejos, que se hacían en bronce bien pulimentado por una cara mientras que la otra solía estar decorada con figuras.

¿También se depilaban? Claro que sí. Para eso tanto varones como mujeres usaban ceniza caliente de cáscara de nuez. Al mismo tiempo el rasurado del vello y el arreglo de pies y uñas eran habituales y practicados por todos.



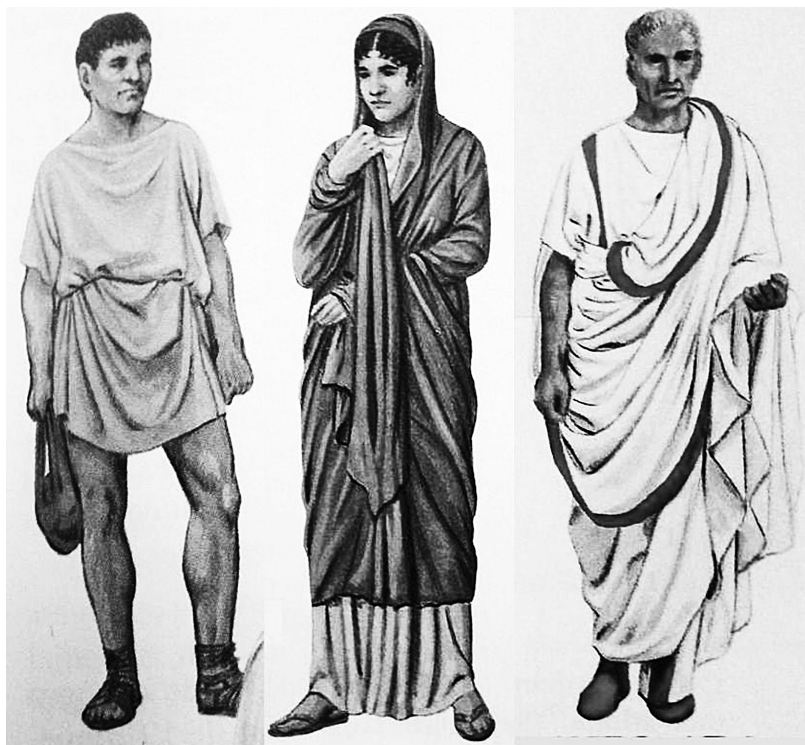
*Una joven vierte cuidadosamente perfume en una ampolla
(Museo Nacional Romano).*

Los perfumes. El propio origen de la palabra proviene del latín, *perfumum*, y ya nos está indicando su volatilidad: olor «por medio del humo», ya que en su origen los aromas para perfumar el ambiente se obtenían quemando resinas, raíces y maderas olorosas. Una presencia correcta exige, entre otras cosas, no oler mal; los satíricos —tendremos repetidas ocasiones de hablar de ellos— han usado y abusado de este tópico en sus poemas y epigramas para mostrarse especialmente sensibles a las apariencias y los olores. Por eso, si bien fustigaban despiadadamente con sus versos los malos olores y la halitosis, no ahorran críticas a los que hacían un uso excesivo de esencias aromáticas y perfumadas: pomadas, ungüentos, tintes o bálsamos que huelen a canela, nardo o mirra los identifican como *invertidos*. En general se estimaba que *non bene olet qui bene semper olet*, es decir «no huele bien el que siempre huele bien» —o al menos así fue anotado en sus *Epigramas* por Marcial—, pero tampoco había en esto una opinión social única. El liberto Cosmo fue el padre putativo de la *cosmética* y lo encontramos precisamente en esta Roma del siglo I produciendo y distribuyendo esas sustancias a romanos y romanas por igual; sus productos se comercializaban en tiendas especializadas, las *tabernae unguentaria*, agrupadas en un barrio específico (Vicus Unguentarius).

Incluso Plinio aporta los ingredientes de una de estas recetas, compuesta de flor de rosa, aceite de azafrán, cinabrio, cálamo aromático, miel, junco oloroso, flor de la sal, orcaneta y vino. Por su parte un tal Dioscórides escribió una soporífera obra que llamó *De materia medica*, la cual sería algo así como la biblia de los farmacéuticos. Allí precisa incluso las

cantidades de cada ingrediente, como los mil pétalos de rosa que, según indica, han de utilizarse para obtener el perfume de dicha flor.

Un plumazo.



Vestuario en la Roma imperial: esclavo, dama romana y magistrado o senador.

Lo cierto es que el uso del perfume fue abriéndose poco a poco su camino en el tejido de la sociedad: si desde bastante tiempo atrás ya se utilizaba en las viviendas ricas, ahora comenzaba a impregnar a las clases de posición media y seguía sufriendo el rechazo de las más bajas, porque sentían

que «los perfumados» pretendían connotar superioridad. El mismo rechazo, aunque por otros motivos, recibían de los sectores más definidamente conservadores como indicio de un comportamiento dudosamente virtuoso o moral. Svetonio, al referir en su *Vida de los doce Césares* el reinado de Vespasiano, un *princeps* rudo, áspero y «de pocas pulgas», cuenta que «habiéndose presentado muy cargado de perfumes un joven a darle gracias por la concesión de una prefectura, se volvió disgustado y le dijo con severidad: “Preferiría que olieses a ajos, te gusta demasiado el lujo y eso me da miedo”, y revocó el nombramiento».* Sin embargo su antecesor en el trono, Nerón, gustaba de rociar con perfumes las plantas de sus pies.

La rica matrona romana pasaba largas horas delante del espejo, asistida por doncellas y peluqueros que la sometían a extenuantes maquillajes. Este fragmento, pequeña joya brotada de la pluma siempre cruel de Luciano, tal vez lo ilustre mejor:

Si alguien viera a las señoras a la mañana, al levantarse de la cama, las encontraría tan feas como monos. Por eso se encierran en casa y no permiten ser vistas por nadie del sexo masculino. Mientras tanto mujeres más ancianas y ejércitos de siervas se empeñan en mejorar por todos los medios posibles la apariencia de su rostro. Polvos perfumados de diferentes composiciones deben devolverle el color encarnado que ha perdido y entre cuencos

* Svetonio, *Vida de los doce césares*, VIII-8, 3.

de plata, ampollas de cristal y una cantidad de frascos que parece que estuvieran en una farmacia se mezclan contenedores colmados de trucos engañosos, sustancias dentífricas o colores para ennegrecer las cejas.*

Dejémoslas trabajar hasta que la *diva* esté en condiciones razonables de presentarse en público.

El carmín labial, en tonos rojos muy vivos, se lograba con el ocre procedente de líquenes o de moluscos, con frutas podridas e incluso con minio. Además, estaba muy difundida la moda de que las mujeres se marcaran las venas de las sienes en color azul. Los cánones de la belleza romana indicaban que la mujer debía poseer grandes ojos y largas pestañas y el perfilador de ojos, que se aplicaba con un pequeño instrumento redondeado de marfil, vidrio, hueso o madera que previamente se sumergía en aceite o en agua, se obtenía a partir de hollín o polvo de antimonio. Para la sombra de los ojos, generalmente negra o azul, eran imprescindibles la ceniza y la azurita. Asimismo, y por influencia egipcia, existían sombras verdes elaboradas con polvo de malaquita.

Las cejas se perfilaban sin alargarlas y se retocaban con pinzas. En este sentido, existía una predilección por las cejas unidas sobre la nariz, efecto que se lograba aplicando una mezcla de huevos de hormiga machacados con moscas secas, amalgama que también era utilizada como máscara para pestañas. Debido al hedor de muchos de los ingredientes empleados en la cosmetología romana —desechos orgánicos,

* Luciano de Samósata, *Amores*, 39.

placentas, médulas, bilis u orinas—, era frecuente que las preparaciones fuesen además perfumadas.

Fue Popea, esposa del emperador Nerón, quien inventó la primera mascarilla facial conocida como *tectorium*, utilizando una mezcla de crema y leche de burra, de la cual se desprendía un benéfico poder reafirmante. Se la aplicaba antes de acostarse y la dejaba puesta durante toda la noche, con lo cual probablemente exageraba pero, en definitiva, la emperatriz no pasa de ser un caso más. Lo que aquí nos ha interesado destacar es que el culto de la propia persona era, en la antigua Roma, importantísimo para la mujer, y si profundizamos el análisis veremos que esa caracterización también vale para los hombres.

Podría decirse que estos tenían una vanidad femenina y no se cuidaban de esconderla; por el contrario, no perdían ocasión de subrayarla. Su atuendo oficial era la toga, que vestían sobre la túnica; cubriendo esta o aquella, llevaban en invierno una capa pesada de variados modelos y diversos colores. La túnica no debía ser ni demasiado larga ni demasiado suelta a la cintura: la de los senadores tenía un ancho listón púrpura que era más estrecho en la de los caballeros —orden ecuestre compuesta por gente adinerada—. El guardarropas de Augusto era profuso, muy completo, y no por exhibicionismo, sino porque, sumamente friolento, apenas se insinuaban los primeros rigores de noviembre se echaba encima por lo menos media docena de prendas.

Los ciudadanos de Roma eran, en palabras de Virgilio, *rerum dominos, gentemque togatam*, es decir «los dueños del mundo y la raza que viste toga», prenda que tomaron de los

etruscos y utilizaban como vestimenta habitual. Con ella se diferenciaban de los esclavos y de los bárbaros. Se vestía, como dijimos, sobre una túnica, colocando la tercera parte plegada sobre el lado izquierdo y el resto por la espalda —en las ceremonias religiosas también se cubrían con ella la cabeza.



Augusto, «Pontifex Maximus», vistiendo su toga (Museo Nacional Romano).

La toga, mucho más solemne que la túnica, era de lana blanca —la más cotizada, proveniente de la Apulia— y tenía forma de elipse; el corte la hacía incómoda y muchos para ponérsela se hacían ayudar por un esclavo. No se la podía usar antes de cumplir diecisiete años y era el uniforme de los magistrados, de los augures (adivinos) y de los sacerdotes. Cuando llevaba esas franjas de púrpura se llamaba *toga praetexta*.



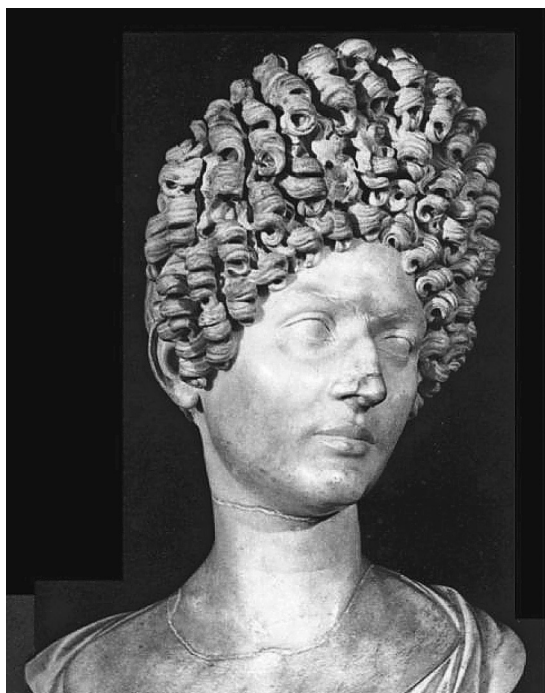
Ovidio, siempre Ovidio: «Cuando la falda de ella cuelga demasiado y se arrastra por el suelo tú tómala y levántala con cuidado del fango de la calle. ¡Qué recompensa a tus ojos se presentará al instante sin que la joven pueda evitarlo!: el espectáculo de sus piernas».

Eran desconocidos los calzones y bombachas así como los botones; la prenda interior se llamaba *subligaculum* y era una especie de pañal que se ataba a la cintura. El faldón que quedaba detrás se pasaba hacia adelante por debajo de la entrepierna y se plegaba tras la ligadura inicial dejándolo colgar o introduciéndolo en los pliegues anteriores: es la imagen tradicional del Cristo crucificado. Los botones se sustituían por hebillas y cordones, los calzados eran zapatos o sandalias con suela de cuero o corcho fijada con una cinta desde el tobillo hasta el segundo dedo del pie.

El calzado por excelencia de los ciudadanos romanos fue el *calceus* (en plural, *calcei*). Estaba hecho de cuero, cubría todo el pie y la planta y se ataba con tiras de cuero en el tobillo o la pierna. Los *calcei* eran un calzado pesado y no demasiado cómodo, pero su uso era prácticamente obligatorio, como el de la toga, para todo ciudadano que salía de su casa. En cambio, los esclavos tenían totalmente prohibido llevar *calcei*.

A diferencia de sus antepasados, hirsutos y barbudos, los romanos del primer siglo después de Cristo se hacían atender regularmente por el peluquero. Conforme el Imperio se iba asentando los hombres maduros cortaron su cabello y mostraron la *cara afeitada*: Escipión el Africano, que murió en el 129 a.C., fue el primer romano que se afeitó a navaja todos los días e impuso esa tendencia como moda varonil. Casi un siglo y medio después Trajano solía llevar mechones sobre la frente en forma de «s» —no se sabe si para ocultar heridas de batalla o para disimular la calvicie—. Lo cierto es que el *tonsor* (peluquero y barbero) afeitaba, depilaba, cuidaba las

uñas y teñía el pelo. Su trabajo se contaba entre las «artes mecánicas» y la mayoría de ellos trabajaba en las calles.



*Julia, hija del emperador Tito, luciendo postizos
(Museos Capitolinos).*

Ha llegado a nuestros días la identidad de uno de esos *coiffeurs*: se llamaba Licinio, atendía en pleno Foro y era el preferido de los *molles* —blandos, poco masculinos—, a los que los romanos vulgar y hasta despectivamente llamaban *greculo*, o *pequeño griego*. Parece ser que los clientes de Licinio eran sumamente exigentes y no daban por terminado el servicio tan fácilmente; podían pasarse horas frente al espejo si creían que

un rulo había quedado más grande que otro o discutiendo si a Licinio se le había pasado por alto depilar algún pelo de la nariz. Una vez liberados, debían moverse con mucho cuidado porque quedaban con la cabeza tan emperifollada y el peinado tan armado que no se atrevían ni siquiera a tocar la obra del *Maestro Peluquero*. Todos estos chismes se los debemos a Séneca y especialmente a Juvenal, quien definía a un *molle* como «hombre que se rasca la cabeza con un dedo». Todo indica que ese gesto terminó convirtiéndose en una especie de contraseña identificatoria entre homosexuales.